

tramos por vez primera frente a verdaderos *caracteres*, frente a hombres vivos, variados e individuales, que se diferencian entre sí por la índole de los sentimientos, de las costumbres, del lenguaje mismo. Chaucer observa esos caracteres, estudia esos hombres y pone en relieve sus notas diferenciales. De aquí un espíritu nuevo, consistente y viril, que coloca a los *Cuentos de Cantorbery* en la fase inicial de una crisis de la poesía europea. A los poemas y novelas de corte francés, engendros indolentes y monótonos, siguen los versos y narraciones impregnados de realismo, de naturalidad, de vigor descriptivo y de alegría placentera. De aquí la inmoralidad de algunas de estas composiciones, inmo-

ralidad que Chaucer, como nuestro arcipreste de Hita, no cree incompatible con la religiosidad más acendrada. Uno y otro piensan que sólo Dios es quien nos gobierna, y que debemos reconocer su intervención en todo asunto terrenal, aunque, como acrecienta Coignard, sea temerario y a veces incongruente pretender seguirle muy de cerca. Porque, siendo universal, se halla presente en todo género de eucuentos, indudablemente sublimes por la conducta que Dios observa en ellos, pero obscenos o ridículos por la parte que en ellos toman los hombres, único aspecto que se nos muestra y único también que a Chaucer encanta.

(*La Esfera*, Madrid).

iban creciendo tan aprisa, que algunas noches, al llegar al nido, todos pensaban en que dentro de poco ya no iban a caber; y aunque lo pensaban todos, ninguno se atrevía a decirlo. Sus presentimientos no llegaban a quitarles el sueño; pero cuando los padres y los hijos cerraban los ojos, había uno que no podía dormir. Era el hermano aventurero. Las estrellas le llamaban en el misterio de la noche; los ruidos lejanos eran invitaciones que sólo podía escuchar él; y le conmovían tanto la soledad, las sombras, la amplitud del espacio abierto, que las alas se estremecían de impaciencia y le costaba trabajo contenerse para no empezar a cantar.

¡Vela, hermanito aventurero! ¡Pasa el arroyo; pasa las montañas azules! ¡Ve a decirnos lo que hay cuando se acaba el horizonte, y tráenos el oro del crepúsculo y una gota milagrosa de la sangre del Sol!

Escuchando esta voz, su cabeza loca, un día, antes del alba, alzó el vuelo. No le volvieron a ver más. «¿Dónde está nuestro hermano?»—les preguntaban.—«Es un hijo ingrato—contestaban los padres—. ¡Se fué!» Y aunque no se atrevían a defenderle, le querían más que nunca. Siempre que hablaban delante de ellos de algo grande, extraordinario, maravilloso, se acordaban de él. «Así se perdió nuestro hermano el aventurero—decían,—que no quiso vivir como un gorrión vulgar».

*En busca de una posición social.*

Ellos, sí, los pobres, vivieron como correspondía a pájaros de su clase. Uno era tan gris, tan gris, que parecía terrón en los surcos, nudo de corteza en los árboles, pella de barro entre las tejas; y en su propia insignificancia, vivía feliz, sin que nunca le ocurriese nada que valiera la pena de ser contado. El otro llegó a ocupar una gran posición.

Imaginaos que un día se entró por los balcones de aquella casita blanca que desde pequeño se le antojaba llena de granos de trigo y de migas de pan. ¡Era tan blanca, tan limpia! ¡Subía el humo de la chimenea todas las mañanas con tal regularidad, que para él el bienestar y la abundancia no podían albergarse más que allí! Entró por el balcón y fué a dar, deslumbrado, en el mantel que cubría una mesa llena de flores y de transparente cristal. Revoloteó y se hirió las alas en un espejo. Había allí mucha gente, niños y grandes, y todos se pusieron muy contentos al verle entrar. Desde lo alto del espejo, reflexionó:

—Estoy ya dentro; no me puedo marchar. Estos señores no tienen aire de hacerme daño; la mesa está llena de migas, y aquí no hay más pájaro



## Historia de tres gorriones

Por LUIS BELLO

*El pájaro burgués.—  
Recuerdos de la infancia.*

ESTOS eran tres pájaros—tres gorriones—que habían crecido juntos, como buenos hermanos, al calor de las mismas plumas maternales y al amparo del mismo nido. Romper la cárcel del cascarón, piar, acurrucarse unos contra otros y luego acometerse..., todo lo aprendieron en el mismo día. ¡Qué inocencia la de aquellas primeras horas infantiles de plumón suave, el cuello largo y desgarrado y el pico voraz! ¡Quién dijera que pueden caber luego tantas picardías en un gorrión!

Cuando los tres hermanos se quedaban solos, no hacían más que fantasear. El nido era muy chico para ellos, y desde la rama del árbol veían viñedos, olivares, casitas blancas llenas de trigo y de miga de pan, y una cinta de plata, un arroyuelo bordeado de álamos que al amanecer hervían y cantaban porque les daba vida un pájaro en cada hoja.

—¡Quién pudiera ir con ellos!

—¡Calma! Iremos pronto. No pueden hacerse todas las cosas de una vez.

Y el otro hermano soñaba más.

—¡Qué afán de juntarse todos en el mismo rincón, como si no hubiera más mundo que el que veis desde aquí! Cuando tengamos fuerzas iremos mucho más lejos y veremos cosas nuevas.

Tenían tanto deseo de ir lejos y de ver cosas nuevas, que las horas se les hacían siglos, y a veces enterraban el pico en el nido y cerraban los ojos de desesperación para no ver con cuánta lentitud camina el Sol.

*Nuestro hermano el  
aventurero.*

Volaron. Vosotros, lectores, no sabéis lo que es volar, porque nadie tendrá la pretensión de comparar sus primeros pasos con esa alegría loca de soltarse en el aire y hendirle y subir hacia el cielo. Además, cuando nosotros damos los primeros pasos no tenemos conciencia todavía, mientras que los gorriones saben que toman posesión de un elemento suyo. Empezan a vivir con más malicia que nosotros y calculan muy bien la proporción entre el vigor de sus alas y la distancia del nido. Si veis un pajarillo pálido en el suelo, nunca será porque se ha caído, sino porque le han tirado. Ellos no necesitan aprender de nadie la prudencia de contar sólo con sus propias fuerzas.

Volaron. Fueron de rama en rama. Descubrieron su árbol—que, contra la opinión de sus padres, era una cosa completamente nueva—, su campo, su alameda junto al arroyo... ¡Qué bien se vive así! ¡De día, vuelo libre; de noche, nido caliente! ¡Y amores, riñas, amistades!... Con esta felicidad